

El nacionalismo irlandés: orígenes y desarrollo histórico

MANUEL FERRER MUÑOZ

Resumen

No puede darse razón válida del nacionalismo irlandés sin atender a las circunstancias adversas en que se desenvolvió la vida de los habitantes de la isla desde que ésta se incorporó a la Monarquía inglesa. De modo particular, la discriminación de los católicos por los gobernantes británicos contribuyó a identificar la causa nacionalista con la defensa de la fidelidad a esas creencias religiosas. No obstante esa identificación, la Iglesia católica siempre ha reprobado los métodos violentos propugnados por los nacionalistas más radicalizados.

El problema de Ulster es inseparable del hecho de que los irlandeses del norte comparten la conciencia de constituir una comunidad diferenciada de sus vecinos del sur. Partidarios de una integración en el Reino Unido, no renuncian, sin embargo, a un legado histórico privativo, generador de unos vínculos de dependencia respecto de la Corona inglesa, que podríamos calificar de "lealtad condicionada".

Abstract

Irish nationalism is a historical process that has evolved from all sort of adverse circumstances that have affected the life of the Irish people since its incorporation to the British Crown. Among these difficulties, the discrimination of Catholics by British rulers had the effect of linking and identifying the Nationalist movement with the defence of their religious beliefs. Despite this "link" the official Catholic Church has always been against the violence exerted by the most radical nationalist groups.

On the other hand the Ulster problem cannot be separated from the fact that the Northern Irish population share a common conscience of being a well-differentiated community from their Southern neighbors. Even if in the first place they consider themselves to be part of the U. K. such sentiment does not mean that they have given up their right to keep attached to their historical past to the extent that they have created and justified some sort of dependence links toward the Crown; dependence that could be called "conditioned loyalty".

Hablar de cualquier nacionalismo obliga a preguntarse por los orígenes remotos y por las circunstancias inmediatas que rodean la génesis de toda conciencia nacional. Ciertamente los nacionalismo —en su acepción actual— se fraguan en el siglo XIX, pero se fundamentan en un pasado histórico que se supone peculiar y diferenciado del de otros pueblos vecinos. En efecto, nacionalismo implica en muchos casos una referencia a un contexto hostil que, al

intentar ahogar las especificidades de un pueblo determinado, exaspera su discurso nacionalista y alienta la búsqueda histórica de las propias raíces.

Inevitablemente esa incursión en los terrenos de la historia brota de motivaciones interesadas, derivadas de la necesidad subjetiva de recuperar la propia identidad a través de un pasado frecuentemente mítico e idealizado.

Algunas veces, el detonante de los sentimientos nacionalistas viene constituido por una situación de opresión política, que sujeta a un pueblo a los designios de otro más poderoso, que le impone su propia manera de entender el mundo; es decir, su cultura —con su correspondiente expresión lingüística—, su religión, su derecho y su actitud ante el pasado.

El caso irlandés es paradigmático de todo lo que se ha dicho hasta aquí. La confluencia de todas esas circunstancias acabará por desencadenar movimientos reivindicativos, de inspiración diversa, que participan del común anhelo de una patria libre que, con el tiempo, va a implicar la ruptura de todo vínculo con Gran Bretaña y la instauración de un Estado irlandés soberano e independiente.

La reivindicación nacionalista de los irlandeses madura en un medio de enorme dureza, bajo una dominación británica cada vez más fuerte y centralizada y en unas condiciones extremas de represión social, política y religiosa. Nada tiene, pues, de extraño que los sentimientos de inferioridad y de humillación que originó esa dependencia desemboquen en actitudes violentas, las cuales terminaron por imponerse a la línea más moderada que intentaba canalizar las aspiraciones irlandesas por la vía parlamentaria.

Naturalmente el problema se complica cuando se atiende al punto de vista de los irlandeses del norte, partidarios de la unión con Inglaterra, quienes dicen no tener la misma cultura ni la misma historia que sus vecinos del sur, rechazan con frecuencia la identidad irlandesa, y tienen conciencia de constituir una comunidad diferenciada: diferenciada también de Inglaterra, hacia la cual han mostrado siempre una lealtad condicionada.

Con todo resulta muy cuestionable sostener que el norte constituya una nación aparte; pero también es obvio que el pasado histórico de este enclave inglés suscita serios inconvenientes para que pueda ser admitida pacíficamente su integración, sin más distinguos,

en la nacionalidad irlandesa. Salvando las distancias, el caso guarda ciertas analogías con el planteado por la presencia británica en Gibraltar desde principios del siglo XVIII.

Según John O'Beirne, el

modo más acertado de entender la nacionalidad irlandesa consiste en creer que hay una nación irlandesa (católica), y una comunidad (protestante) con rasgos sociales y económicos propios, que destaca debido al lugar geográfico que ocupa en Irlanda. Esta comunidad está montada a horcajadas tanto sobre la nación irlandesa, como sobre la británica, lo cual es justamente lo que se pretendía con la política de la plantación que se siguió al principio. Los miembros de esta comunidad son verdaderas víctimas de la geografía y de la historia.¹

El remoto pasado de Irlanda nos sitúa ya ante un marco original, perceptible en las culturas del Neolítico, caracterizadas por unos restos arquitectónicos tan típicos como las tumbas de pasillo, los dólmenes o las tumbas en cuña; en los vestigios del llamado "pueblo de las copas" en la Edad de Bronce y, sobre todo, en el establecimiento de los celtas, que ocupan toda la isla hacia el año 500 a.c. y la introducen en la cultura de la Edad de Hierro. La lengua hablada por los celtas, el gaélico, y su cultura sobreviven hasta la época moderna gracias a la posición marginal que ocupa Irlanda en el espacio geográfico europeo.

La tenencia de la propiedad entre los celtas correspondía a los grupos familiares, no a los individuos; y su legislación —las leyes brehonas— reglamentaba con todo detalle la vida social y era aprendida de memoria y transmitida verbalmente de generación en generación. Estos dos rasgos de la sociedad celta y el uso del gaélico —lengua doméstica y vehículo de transmisión de las bellísimas sagas— configurarán la personalidad de Irlanda durante siglos, incluso después de la sujeción a Gran Bretaña.

Las sagas gaélicas, concebidas como relatos míticos sin pretensiones de rigor histórico, plasman una visión romántica de la Irlande

¹ John O'beirne Ranelagh, *Breve historia de Irlanda*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 178-179.

da antigua, colmada de sugerencias y de estímulos, de héroes y de gestas, que servirá de modelo a los futuros luchadores por la independencia nacional. Puede mencionarse, por ejemplo, la leyenda de Cuchulain protagonista de una de las sagas de más acentuado carácter épico. Este caudillo resistió ante sus enemigos sin soltar la espada a pesar de haber sido herido de muerte, quien, temeroso de que le abandonaran las fuerzas, se ató a una alta roca cercana a un lago para seguir luchando hasta el último instante. La escena, invocada explícitamente por los dirigentes del levantamiento de 1916 contra el gobierno británico, quedó inmortalizada en una estatua conmemorativa de aquellos sucesos.

La tradición celta se complementa a partir del siglo V por los nuevos horizontes mentales abiertos por la evangelización de la isla llevada a cabo por San Patricio que, no obstante su origen británico, habría de convertirse en uno de los signos más expresivos de la nación irlandesa. El hondo arraigo del cristianismo en la isla, y el audaz espíritu apostólico de los monjes misioneros que colaboran en esa tarea evangelizadora, convertirán enseguida a Irlanda en centro de difusión de los ideales cristianos: primero, la expansión se realiza hacia Escocia e Inglaterra y, en una segunda fase, se dirige a Francia, Alemania, Europa Central y España.

Las invasiones vikingas de fines del siglo VIII acaban con la estabilidad política del país, pero no logran conmover su fe religiosa; más aún, antes de que terminara el siglo X la mayoría de los vikingos establecidos en Irlanda habían abrazado el catolicismo. También los vikingos daneses que, a mitad del siglo IX, se habían impuesto a sus antecesores noruegos.

Los vínculos de sangre de estos daneses convertidos al cristianismo con sus hermanos de Inglaterra les inclinaron a someterse al arzobispo de Canterbury, a quien el papa Gregorio I había conferido autoridad sobre todas las Islas Británicas, por encima del arzobispado de Armagh, al que correspondía el primado de Irlanda. Además, la reorganización de la Iglesia en Irlanda acometida en el siglo XII exigía el apoyo de una autoridad política central fuerte; como ésta no existía en la isla, el papa Adriano IV emitió la bula *Laudabiter* en 1155, por la que concedía el señorío sobre Irlanda al rey Enrique II de Inglaterra, "para que revele la verdad de la fe cristiana a los pueblos que aún permanecen en la ignorancia y la barbarie". Esta

prerrogativa otorgada por el Papado a la Corona inglesa habría de tener consecuencias importantísimas para la posterior historia irlandesa.

El rey inglés supo explotar en su propio beneficio las diferencias entre los caudillos irlandeses para hacer efectivo su dominio, y contó para ello con la ayuda de los normandos que participaron en las operaciones militares y se asentaron en el territorio; de esta manera, cuando mediaba el siglo XIII tres cuartas partes del país estaban bajo control normando.

La influencia de este pueblo se superpuso a las viejas tradiciones locales, con las que compite, desde entonces, una estructura jurídica inspirada en el derecho consuetudinario y un distinto régimen de tenencia de la tierra basado en la propiedad individual. De esta época data también el primer Parlamento irlandés del que se tiene noticia, que acogía a representantes normando-irlandeses de casi todas las partes del país.

Con el tiempo se debilitaron los lazos entre normandos e ingleses, y aquéllos fueron asimilando las costumbres gaélicas, a pesar de las disposiciones legales que pretendían preservar la identidad de la minoría normanda y evitar la fusión de razas. La guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia que comenzó en 1337 contribuyó a ese proceso, al verse obligados los normando-irlandeses a arreglárselas por sí mismos. Así, la conciencia cada vez más arraigada de que todos los irlandeses —gaelos y normandos— compartían una misma identidad hizo comprender a los ingleses la necesidad de someter directamente el país a la obediencia de la Corona. Esta es la tarea emprendida por Enrique VII, el primero de los Tudor.

El primer paso para imponer la autoridad de Inglaterra se dio por medio de la Ley de Poynings (1495)—que se mantuvo en vigor hasta 1782—, que subordinaba el Parlamento irlandés al rey de Inglaterra.

La ruptura de Enrique VIII con la Iglesia de Roma no encontró oposición en el Parlamento ni en el pueblo irlandés. Aquél reconoció a Enrique como Cabeza Suprema de la Iglesia de Irlanda y como rey de Irlanda. Pero la Ley de Cesión y Devolución promulgada en 1541 por el Parlamento irlandés, a instancias del rey inglés, alteró radicalmente el régimen de propiedad de las tierras, al determinarse que éstas pertenecían al rey, que las devolvería en calidad de merced a quienes le jurasen lealtad. De este modo se vulne-

raba la vieja tradición brehona sobre tenencia colectiva de la propiedad y se introducía un elemento distorsionador en las costumbres del país.

Con Eduardo VI, sucesor de Enrique VIII, se impone el régimen de plantaciones, tendente a reforzar la jurisdicción de la Corona mediante el asentamiento como colonos de inmigrantes británicos en tierras de irlandeses traidores al rey.² Consecuencia de este continuo flujo de advenedizos, que copan las posiciones de privilegio e imponen los usos ingleses, es el repliegue de la cultura gaélica, que se convierte en casi exclusivo patrimonio de los campesinos.

Esos procedimientos dieron origen a sucesivas sublevaciones de Irlanda a lo largo de los siglos XVI y XVII, todas ellas fracasadas y seguidas de una intensificación de las medidas represivas, que acabaron por despojar de la tierra a los irlandeses. El endurecimiento de la política religiosa y la discriminación de los católicos añadieron nuevas reivindicaciones a la protesta irlandesa, que no tardaría en incorporar la defensa de los derechos de la Iglesia Católica a su programa de demandas.

Triunfante la revolución de Cromwell en Inglaterra,³ en seguida se abordó el problema de Irlanda: en 1653 se decidía la unificación con Gran Bretaña, que conllevaba la desaparición del Parlamento irlandés. La restauración de la monarquía en 1660 no mejoró en nada la suerte de los irlandeses; aunque restablecido el Parlamento y devueltas algunas tierras, se mantuvieron en vigor las plantaciones de Cromwell. El derrocamiento de Jacobo II por Guillermo de Orange confirmó definitivamente el poder de la clase gobernante de ascendencia anglicana.⁴ Las Leyes Penales contra los católicos elaboradas en el Parlamento irlandés, dominado por los "Ascendientes", se valieron de la religión como de un disfraz para encubrir la ex-

² En relación con la política de plantaciones, *cfr.* R. F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, London, Penguin Books, 1989, pp. 59-78, donde se explica la confluencia de intereses que alimentó ese proyecto: "central to the plantation idea was the notion of an urban network; landlords wanted towns for reasons of profit and security, and the government wanted them for administrative coherence" (p. 75).

³ Una visión panorámica de Irlanda durante la era Cromwell, en R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 101-116.

⁴ Para un más detallado conocimiento de las repercusiones en Irlanda del derrocamiento de Jacobo II y del papel ejercido por los ascendientes en los años inmediatamente posteriores, *vid.* R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 142-163. Y sobre las connotaciones del término "Ascendencia", *ibidem*, p. 170: "Anglicanism conferred exclusivity, in Ireland as in con-

propiación económica que a su amparo se llevó a efecto durante medio siglo.

La discriminación del clero católico obligó a muchos candidatos al sacerdocio a abandonar suelo irlandés para adquirir la formación eclesiástica en centros docentes fundados en el exterior por los mismos irlandeses. Fue el caso de algunos colegios que se abrieron en España, como los de Salamanca o Valladolid. Esas personas, una vez ordenadas, regresaban a su país natal para emprender una vida de persecución y de miseria; y esos testimonios de fe removieron profundamente al pueblo.

Las medidas persecutorias no consiguen ahogar la lengua, ni las costumbres ni la fidelidad al catolicismo de los irlandeses que, a lo largo del siglo XVIII, siguen desarrollando una literatura cuya base y pretexto son los temas nacionalistas. En otro orden de cosas, la reacción contra el despojo de que han sido víctimas lleva a muchos jóvenes campesinos a constituir sociedades secretas que aterrorizan a los terratenientes con asesinatos, robos e incendios.⁵

El ciclo revolucionario que se inaugura con la Revolución Norteamericana y se continúa con la Francesa ofrece posibilidades nuevas a los patriotas irlandeses. Preocupado el gobierno inglés por la eventualidad de un levantamiento en la isla, realiza algunas concesiones que, en último término, benefician sólo a los Ascendientes pero no a la masa del pueblo. Ese ánimo conciliatorio inspiró la Ley Católica de Desagravio de 1793, que concedía a los católicos dueños de tierras el derecho al voto y el de ingresar en el campo de las profesiones, aunque seguían cerradas para ellos las puertas del Parlamento. La promulgación de esa ley no fue ajena a la presión de los irlandeses que, en 1791, habían restaurado un Comité Católico y un año después habían organizado una Convención Católica con la precisa finalidad de solicitar medidas de desagravio.

Por entonces se registran en el norte de la isla algunos choques entre protestantes y católicos, enfrentados a causa de la dura com-

temporary England; and exclusivity defined the Ascendancy, not ethnic origin. They comprised an elite who monopolized law, politics and 'society', and whose aspirations were focused on the Irish House of Commons".

⁵ R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 196 y 292. El tema es abordado más pormenorizadamente en William T. Desmond (ed.), *Secret societies in Ireland*, Dublin, 1973.

petencia para el acceso a los puestos de trabajo. Después de un violento incidente cerca de la ciudad de Armagh (1795), que se saldó en favor de los grupos armados de protestantes, éstos organizaron la Orden de Orange para “apoyar y defender al Rey y a sus herederos, siempre y cuando él o ellos apoyen a la Ascendencia protestante”.

Un nuevo nacionalismo de cuño jacobino, dirigido por Wolfe Tone, fundador de la sociedad de los Irlandeses Unidos, y el cual defendía la igualdad religiosa para todos y la reforma política, empieza a desarrollarse al calor del ambiente revolucionario difundido desde Francia.⁶ La revuelta de 1798, desencadenada por esos grupos exaltados, fue aplastada como las anteriores.

Los protestantes del Ulster contemplarán con creciente aprensión el proyecto de unión anglo-irlandesa que intenta impulsar el *Premier* británico William Pitt, el Joven, como medio para acabar con las discriminaciones económicas que habían conducido a la sublevación de Tone. Temían los protestantes que la concesión de derechos políticos a los católicos perjudicara su *status* hegemónico. Y, sin embargo, a pesar de esta oposición, el Acta de Unión, que cuenta con el respaldo de la Iglesia Católica, logra triunfar sobre las reticencias de la Cámara de los Lores y entra en vigor en 1801; desaparecía así el Parlamento irlandés, se unificaban las dos iglesias oficiales de ambos países y nacía el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

Las reivindicaciones de los patriotas irlandeses se concentrarán, a partir de entonces, en el requerimiento de un gobierno local autónomo y en la restauración del Parlamento irlandés. Y, significativamente, dejará de formularse la vieja demanda revolucionaria de

⁶ La nueva organización promovida por Tone —los Irlandeses Unidos— reclutó sus primeros adeptos entre miembros del Comité Católico, y pronto derivó hacia actividades más radicales, cada vez más distantes de su inicial reformismo, que aceptaba las vías parlamentarias. Sin embargo, esa evolución no debe ser entendida en el sentido de la asunción de reivindicaciones de tipo “nacionalista”. Foster, en su obra tan reiteradamente citada, ha prevenido sobre la inconsistencia que supone atribuir un credo de esa naturaleza a los Irlandeses Unidos: ‘Nationalism’ as such had not been part of the original United Irish package. They were internationalist liberals, anti-government rather than anti-English. Even when anti-Englishness took over, they had little time for ‘ethnic’ considerations, recent fashions for traditional music and poetry, and archaeological divinations of the ‘Celtic’ past, seemed to middle-class radicals at best silly and at worst savage. The United Irishmen were modernizers: they appeared, as they themselves put it, to posterity, not ancestors (*cf.* R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 269-270).

independencia absoluta. Al mismo tiempo, al negarse la emancipación que Pitt proponía conceder a los católicos, éstos se sentirán defraudados y alimentarán con esta solicitud las exigencias del nacionalismo irlandés.⁷

Es éste el momento en que entra en escena Daniel O'Connell, fundador de la Asociación Católica de Irlanda y primer católico irlandés que ingresa en el Parlamento de Londres, que se convierte en líder del movimiento por la emancipación y hace de esta causa la fuerza motriz de su programa nacionalista,⁸ las campañas de O'Connell acabaron por persuadir a los irlandeses de que la emancipación de los católicos entrañaba su propia emancipación.⁹

Fruto de los trabajos de la Asociación Católica será la Ley Católica de Desagravio (1829), que permitía a los católicos acceder al Parlamento y desempeñar cargos públicos. Pero persiste la angustiada situación en el campo, agravada por la caída de los precios agrícolas y la depreciación del valor de la tierra, que desencadena una oleada de desórdenes promovidos en su mayoría por sociedades secretas de campesinos.

O'Connell explota ese estado de cosas para atribuir a la unión la responsabilidad de las desgracias que aquejaban a Irlanda, y exigir desde el Parlamento la revocación del Acta de Unión. Aunque no logra en Westminster los apoyos necesarios para la derogación, obtiene logros parciales merced a alianzas coyunturales con los *whigs* y los radicales. Estos procedimientos parlamentarios marcaron la

⁷ En cambio, la Ascendencia fue derivando hacia una posición cada vez más favorable al Acta, que era identificada con la garantía de protección por la Corona (*cf.* R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 290-291).

⁸ Un trabajo minucioso y perspicaz sobre la labor política de este líder irlandés es Fergus O'Ferrall, *Catholic Emancipation: Daniel O'Connell and the Birth of Irish Democracy*, Dublin, 1985.

⁹ "By the 1840s Catholicism had been securely identified as the national experience. Young Ireland might preach secular European romanticism, but in Ireland nationalism was almost entirely Catholic; and Unionism was principally, if less exclusively, Protestant" (*cf.* R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, p. 317). No obstante esta aparente rotunda separación entre los planteamientos "católicos" del nacionalismo irlandés mayoritario y el liberalismo profesado por algunos de los más inquietos dirigentes políticos, la divisoria no era tan tajante y los contactos entre obispos y activistas políticos no eran infrecuentes. Precisamente, éste fue uno de los motivos que temporalmente inhibieron a Newman del trato con católicos romanos: "le horroriza la alianza entre Wiseman y el político irlandés O'Connell, es decir, el compromiso, que estima lamentable, entre la Iglesia Católica y el liberalismo político" (José Morales Marín, *Newman 1801-1890*, Madrid, Rialp, 1990, p. 106).

pauta que más tarde, en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, seguirían Parnell y Redmond.

Quedaba así definida una de las corrientes que, en lo sucesivo, caracterizarían al nacionalismo irlandés: la vía constitucional, sustentada en un amplio respaldo popular. Junto a ella —y muchas veces en decidida contraposición a ella— subsistiría la vía revolucionaria de los Irlandeses Unidos y de Tone, partidaria de los métodos violentos, que alimentaría primero la acción de los Jóvenes Irlandeses¹⁰ —muy influidos por las doctrinas mazzinianas y promotores de la revuelta de 1848— y, más adelante —ya en el siglo XX—, de los fenianos.¹¹

Otra característica de esta versión radical y revolucionaria del nacionalismo sería su propuesta política de una república irlandesa independiente de Gran Bretaña, de carácter no confesional, en claro contraste con la otra opción, que identificaba la causa nacionalista con la defensa de las creencias católicas y admitía —al menos en una primera etapa— la lealtad al rey inglés.

En los medios culturales irlandeses de mediados del siglo XIX marca un hito la decisión de Peel de crear los *colleges* universitarios interconfesionales de Cork y de Galway:

el pragmático gobierno de Londres pretendía facilitar a los jóvenes católicos irlandeses la posibilidad de acceder a la Universidad. Era un legítimo objetivo que les estaba vetado, sin violentar su conciencia y arriesgar su fe, mientras el único centro universitario del país fuera el protestante y confesional Trinity College de Dublin.¹²

¹⁰ Sobre la movilización política promovida por los Jóvenes Irlandeses, *vid* R. Davis, *The Young Ireland Movement*, Dublin, 1987, y R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, pp. 310-317.

¹¹ Compartimos íntegramente los puntos de vista de Foster, que matizan la tradicional tesis de que las dos alternativas que se ofrecían a los patriotas irlandeses —parlamentaria o revolucionaria— caracterizaban distintamente a unos u otros grupos políticos: "The traditional view of the period separates out two strands of political activity, 'constitutional' and 'revolutionary', and sees political initiative oscillating between Young Irelanders and Tenant Leaguers, Fenians and Home Rulers. But it may be more enlightening to infer an overall, continuous effort to reorganize political expression in a way that would reflect the new realities of post-Famine Ireland —north and south" (R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, p. 373).

¹² José Morales Marín, *Newman*, p. 209.

Pero esa iniciativa suscitó recelos entre muchos católicos —también entre los miembros de la Jerarquía—, que temían las consecuencias que, en el terreno religioso, pudieran derivarse de una educación que no garantizaba la preservación de la fe católica. Esas desconfianzas están en la base de la erección de una Universidad Católica, recomendada por la Santa Sede en 1848 frente a los *godless colleges* gubernamentales de Cork y Galway.

La hambruna que se cierne sobre Irlanda entre 1845 y 1849, a causa de una plaga que destruyó las cosechas de patatas, elevó al primer rango el problema de la tierra: arruinados muchos cultivadores, se vieron incapacitados para pagar los impuestos y los arriendos, por lo que fueron desposeídos de sus tierras y de sus hogares. Los problemas causados por el hambre convencieron al Primer *tory* Robert Peel de la necesidad de abandonar la política proteccionista y de abolir las leyes sobre el maíz, aun a costa de romper la unidad del partido.¹³

El relevo de Peel por el *wibg* John Russell, un convencido doctrinario del *laissez-faire*, complicó las cosas de Irlanda, al abandonarse las eficaces medidas intervencionistas adoptadas por Peel. A pesar de la insensibilidad del gobierno de Londres, que nunca llegó a captar la verdadera magnitud de la hambruna, no llegó a producirse ningún movimiento organizado de protesta: los campesinos arruinados abandonaron sus tierras y emigraron masivamente a otros países —Estados Unidos, Australia, Canadá, Gran Bretaña—, con la inevitable consecuencia de un enorme descenso en el número de hablantes de la lengua gaélica. No en vano esta emigración es conceptuada por algunos autores como uno de los hechos más importantes de la historia social de Irlanda en el siglo XIX.¹⁴

Los que emigraron llevaron consigo un odio acrecentado hacia Inglaterra y conformaron en sus países de destino grupos de opinión política caracterizados por una implacable hostilidad a los intereses

¹³ Las implicaciones políticas y sociales del hambre irlandesa de mediados de siglo son objeto de estudio detallado en K.T. Hoppen, *Elections, Politics and Society in Ireland 1832-1885*, Oxford, 1984, y en Charles Townshend, *Political Violence in Ireland: Government and Resistance since 1848*, Oxford, 1983.

¹⁴ R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, p. 345. Es amplísima la bibliografía que se ocupa de la emigración irlandesa, por lo que nos limitamos a reseñar tan sólo un artículo particularmente clarificador: David Fitzpatrick, "Irish Emigration 1801-1921", en *Studies in Irish Economic and Social History*, núm 1, Dundalk, 1984.

británicos. Esto explica los posteriores apoyos que lograrían en Estados Unidos los líderes nacionalistas irlandeses que, como Eamon De Valera, viajaron a aquellas antiguas posesiones de Gran Bretaña para recabar ayuda material con qué sostener la lucha por la independencia.¹⁵

Uno de esos emigrados, James Stephens, fue el fundador en 1858 de la Hermandad Revolucionaria Irlandesa (*Irish Republican Brotherhood-IRB*), heredera de la tradición de sociedades secretas de campesinos al servicio de la causa nacional. Casualmente, el mismo día en que se constituía la IRB nacía en Nueva York la Hermandad Feniana, que trabajaría en estrecho contacto con la primera, hasta el punto de que en seguida el nombre de fenianos se utilizó para designar indistintamente a los miembros de una u otra sociedad. No tardaría en registrarse la primera revuelta de los fenianos, en 1867, que resultó un completo fracaso.

Como en el caso de las demás reivindicaciones nacionalistas de carácter violento, promovidas por sociedades secretas, también los fenianos tropezaron con la condena que la Jerarquía católica lanzó sobre sus actividades: en 1870, la Santa Sede proscribió la sociedad y excomulgó a sus miembros.

El ascenso al cargo de primer ministro de Gladstone, en 1868, marca una nueva etapa en el enfoque de la cuestión irlandesa por parte de los gobiernos ingleses. Desde entonces la concesión de un estatuto de autonomía a Irlanda figurará en lugar preferente en los programas de los ministros liberales que, a diferencia de sus colegas conservadores, entenderán que el problema de Irlanda exigía una solución política y que no bastaba la remoción de los palpables abusos que pesaban sobre una sociedad sometida a injustas y clamorosas discriminaciones.

Ese acento en la autonomía no excluía una preocupación efectiva por reformar el régimen de tenencia de la tierra, como vinieron a demostrar sucesivas disposiciones tendentes a facilitar el acceso a la propiedad a los arrendatarios. En parte, esa legislación obedecía a

¹⁵ Gladstone fue perfectamente consciente del peligro que, para los intereses del Imperio, representaba la acción de estos irlandeses emigrados: "In my opinion this Empire has but one danger: it is the danger by the combination of the three names, Ireland, United States and Canada" (*cit.* en E.D. Steele, "Gladstone and Ireland", en *Irish Historical Studies*, vol. XVII, núm. 65, marzo, 1970, p. 67).

la presión ejercida desde 1850 por la Liga por los Derechos de los Arrendatarios, que centró sus objetivos en las "tres efes": *fair rent* (renta justa), *fixity of tanure* (garantías de permanencia en las haciendas) y *free sale* (derecho a traspasar libremente la tierra a otros arrendatarios). No obstante, cuando la ley para la reforma agraria logró esas concesiones, la presión de los irlandeses no hizo sino incrementarse tanto en el campo como en el Parlamento.

En el orden de las demandas estrictamente políticas sobresale la labor desarrollada en favor del gobierno autónomo por Charles Parnell, diputado en la Cámara de los Comunes a partir de 1875. La contundencia de sus intervenciones en Westminster atrajo sobre él la atención de la IRB y del *Clan-na-Gael*, sucesor de la Hermandad Feniana, que consideraron la viabilidad de una cooperación entre los separatistas partidarios de la violencia y los patriotas que, como Parnell, anteponían el recurso a las soluciones parlamentarias.

Para Parnell, la vinculación entre tierra y nacionalidad era inseparable, por lo que las exigencias del reconocimiento de la nación irlandesa entrañaban la devolución del suelo de la isla al pueblo aborigen. De ese modo enlazaban las aspiraciones autonómicas con la campaña de la recién creada Liga por la Tierra en favor de los arrendatarios.

Un acuerdo informal entre Parnell y Gladstone, después del encierro de aquél en la prisión de Kilmainham, puso fin al caos desencadenado en el campo por la negativa generalizada al pago de las rentas. El éxito obtenido entonces y la reforma electoral de 1884 proporcionaron la plataforma en que cimentó su fortaleza durante los años siguientes el Partido Parlamentario Irlandés, que tenía en Parnell a su dirigente indiscutible.

La victoria liberal en las elecciones de 1885 animó a Gladstone a plantear en el Parlamento su primer proyecto de Ley de Autonomía Irlandesa, pero tropezó con el rechazo de quienes —aun entre los mismos liberales— apreciaban que la autonomía no significaba más que un paso hacia la plena independencia de la isla. Un grupo de setenta y ocho diputados liberales —los unionistas de Chamberlain— se escindió del partido y, más tarde, pasó a engrosar las filas de los conservadores.¹⁶ Cuando, en 1893, Gladstone obtuvo el necesario

¹⁶ Acerca de la línea autonomista seguida por Gladstone durante los últimos años de su

respaldo a su proyecto en la Cámara de los Comunes, se encontró con la oposición de los lores.

Un año después, Gladstone optaba por el abandono de la vida política, no sin advertir acerca de las previsibles graves consecuencias de la negativa de la autonomía para Irlanda. Hasta 1905 no volverían al poder los liberales, por lo que se abrió un paréntesis de diez años durante los cuales la causa de la autonomía pareció desahuciada, imponiéndose el punto de vista conservador, que anteponía la reforma agraria y que se plasmó en varias leyes reguladoras de la propiedad agrícola en Irlanda. Como ha escrito un historiador irlandés,

los políticos de Westminster se vanagloriaban de sus leyes de reforma, pues, según ellos, habían resuelto el problema irlandés. Al igual que Carlos Marx, cometieron el error de creer que los problemas económicos eran más importantes que los problemas políticos.¹⁷

La muerte de Parnell en 1891 y, previamente, el imprevisto y repentino fin de su carrera política, a causa de un sonado escándalo matrimonial, cortó las alas del Partido Parlamentario Irlandés, que ya no remontaría el vuelo sino efímeramente. La IRB recuperaría el protagonismo perdido y, para ello, supo explotar con habilidad el renacimiento literario y cultural de los últimos años del siglo, avivado desde instituciones de nueva creación, como la Liga Gaélica (1893), empeñada en la recuperación de la lengua irlandesa, o la Asociación Atlética Gaélica (1884).¹⁸ La Hermandad logró someter bajo su influencia a esta última asociación que, en muy poco tiempo, se convirtió en un foco de propaganda del nacionalismo preconizado por los fenianos, al tiempo que proporcionaba una discreta cobertura para los militantes de la IRB.

Entretanto, los unionistas protestantes, alentados por los políticos conservadores, intensificaban sus luchas por el mantenimiento

vida política, *vid.* J. Loughlin, *Gladstone, Home Rule and the Ulster Question 1882-1893*, Dublin, 1986; y más genéricamente, sobre la postura política de los liberales en relación con el problema irlandés, hasta la Gran Guerra: P. Jallad, *The Liberals and Ireland: The Ulster Question in British Politics to 1914*, Brighton, 1980.

¹⁷ John O'Beirne Ranelagh, *Breve historia de Irlanda*, p. 169.

¹⁸ *Cfr.* W.F. Mandle, *The Gaetic Athletic Association and Irish Nationalist Politics 1884-1924*, London, Dublin, 1987.

del Acta de Unión Aglutinados por la Orden de Orange, el fanatismo religioso por ésta preconizado entró a formar parte de los programas políticos unionistas, que focalizaron su atención en el peligro que, para los intereses protestantes, representaba una Irlanda independiente de Inglaterra y controlada por los católicos.

La recuperación de las riendas del gobierno por el Partido Liberal, en 1905, resucitaría la cuestión autonomista irlandesa.¹⁹ Precisado el *premier* Asquith del voto de los diputados irlandeses para compensar el control ejercido por los conservadores sobre la Cámara de los Lores, pactó con aquéllos la presentación de un nuevo proyecto de Ley de Autonomía en 1912; aprobado tres veces por los Comunes y otras tantas vetado por los lores, el proyecto se convirtió automáticamente en ley en 1914, gracias al *Parliament Act* de 1911, en virtud del cual se reducía a dos años el poder de veto de la Cámara de los Lores. Una enmienda a la ley, aprobada el mismo año, daba la oportunidad a los seis condados del norte, la mayoría unionista y protestante, de permanecer temporalmente en dependencia directa del gobierno de Londres.

Para entonces, el mapa político del nacionalismo irlandés se había diversificado: el Partido Parlamentario Irlandés había perdido su indiscutida posición hegemónica, arrebatada desde 1916 por el *Sinn Féin Party* (creado en 1905), en el que cohabitaban actitudes parlamentarias y revolucionarias, representadas respectivamente por Arthur Griffith y Bulmer Hobson, los dos pertenecientes al grupo de nacionalistas que impulsó la constitución del partido.

La incapacidad demostrada por el Partido Irlandés en las negociaciones emprendidas con el gobierno inglés y los dirigentes unionistas, con objeto de llegar a un acuerdo sobre la división de Irlanda que se había previsto en la ya mencionada enmienda a la Ley de Autonomía, llevó a muchos irlandeses al convencimiento de que sus intereses sólo podrían ser eficazmente defendidos por una formación política más intransigente, capaz de resistir las presiones y maniobras de Lloyd George, representante del gobierno de Su

¹⁹ El siglo XX contemplará importantísimos acontecimientos que culminarán en la proclamación de independencia que, como es de sobra sabido, no cerrará el capítulo de las aspiraciones insatisfechas del nacionalismo irlandés. Bástenos, por ahora, mencionar dos obras de conjunto: John A. Murphy, *Ireland in the Twentieth Century*, Dublin, 1976, y Ronan Fanning, *Independent Ireland*, Dublin, 1986.

Majestad en las conversaciones sobre el *status* del Ulster. Además, la radicalización del sentimiento nacionalista que siguió a la represión del estallido revolucionario de Pascua de 1916²⁰ acabó de configurar las condiciones para el relevo del Partido Irlandés como fuerza política hegemónica por el *Sinn Fein*, cuya presidencia se encomendó a Eamon De Valera en 1917.²¹

Las posturas extremistas se impusieron también en el campo protestante, y dieron vida a la Fuerza de Voluntarios del Ulster (UVF), una formación paramilitar decidida a resistir mediante la fuerza a la eventual integración del norte en la autonomía irlandesa. Como réplica a la UVF se constituyó en el sur, en 1913, un cuerpo de análogas características: los Voluntarios Irlandeses de MacNeill. A pesar del enfoque constitucionalista y antirrevolucionario de su fundador, los miembros de la Hermandad Revolucionaria Irlandesa (IRB) enrolados en las compañías de voluntarios lograron controlar durante un tiempo sus actividades e imponer sus preferencias por métodos más expeditivos.

El ERI (Ejército de la República de Irlanda), nacido en Estados Unidos en la séptima década del siglo XIX, se reconstituyó con motivo de la revuelta de Pascua de 1916. James Connolly, uno de los dirigentes que protagonizó el asalto de la Oficina General de Correos de Dublín, manifestó entonces a sus hombres que ya no eran miem-

²⁰ *Cfr.* Doireann Macdermott, "La independencia de Irlanda. El levantamiento de Pascua de 1916", en *Historia y Vida*, marzo 1969, pp. 22-33. En relación con la crítica coyuntura de la Gran Guerra, en la que se inserta la sublevación del Lunes de Pascua, *cfr.* David Fitzpatrick (ed.), *Ireland and the First World War*, Dublin, 1986; y sobre las divisiones entre los nacionalistas irlandeses durante el mismo periodo, *cfr.* T.D. Williams (ed.), *The Irish Struggle 1916-1926*, London, 1966.

²¹ A raíz del levantamiento de 1916, se inicia un periodo jalonado de sangrientos sucesos y dura represión, marcado por la acrecentada hostilidad hacia la dominación inglesa, la lucha civil entre moderados y radicales irlandeses que se desencadenó tras la concesión del estatuto de dominio, y el rechazo de todo resto de influencia inglesa. Un trabajo reciente, presentado en el *XI Congreso de Estudios Vascos*, que analiza los años transcurridos entre 1916 y 1936, se ha ocupado de los paralelismos entre los casos irlandés y vasco: aunque el proceso histórico de formación de la independencia irlandesa no puede ser homologado sin más a las circunstancias del pueblo vasco, sí son apreciables interesantes concomitancias: "aspectos como la religión, la degradación de la lengua y la cultura, o la pertenencia a un mismo grupo de pueblos europeos necesitados de negociar su *status* bajo semejantes imperios históricos": José María Lorenzo Espinoza, "Influencia del nacionalismo irlandés en el nacionalismo vasco 1916-1936", en *XI Congreso de Estudios Vascos. Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa*, San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, 1991, pp. 239-247. La comunicación contiene, además, abundantes datos sobre las relaciones y contactos entre patriotas irlandeses y nacionalistas vascos.

bros del Ejército Ciudadano Irlandés, que él mismo había organizado en colaboración con Tom Clarke, ni de los Voluntarios Irlandeses, sino del Ejército de la República de Irlanda.

Los resultados de las elecciones de 1918 confirmaron la primacía del *Sinn Féin*, que enseguida planteó el tema de la independencia de Irlanda y estableció una Asamblea Constituyente, llamada *Dail Eireann* (Parlamento de Irlanda), que formuló una Declaración de Independencia, reafirmó la República de 1916 y estableció su propio gobierno. Pronto se hizo ostensible la tradicional dualidad en el seno de los nacionalistas, y las posturas legalistas del *dail* tropezaron con el radicalismo de los fenianos y de los dirigentes del ERI, entre los que Michael Collins se convirtió en el principal estratega. El Ejército Republicano, aunque teórico brazo militar del gobierno y del *dail*, nunca llegó a aceptar completamente su autoridad.

En 1919 empieza una guerra no declarada entre el ERI y el Real Cuerpo de Alguaciles de Irlanda (RIC), reforzado desde 1920 por ex-soldados y oficiales de las fuerzas británicas y por la recién constituida División Auxiliar del RIC. En plena guerra civil entró en vigor una nueva Acta de Gobierno de Irlanda que sustituía a la de 1914 y estipulaba la división de Irlanda, con dos gobiernos autónomos, con sedes en Belfast y en Dublín. Tanto el *dail* como el ERI negaron su reconocimiento al Acta de partición y reafirmaron su aspiración de convertir a Irlanda en una república completamente independiente de Gran Bretaña.

Desde el 21 de enero de 1919, fecha en que comenzaron las hostilidades, hasta julio de 1921, cuando se firmó una tregua, habían muerto más de mil quinientas personas de ambos bandos. La necesidad de poner definitivo fin al derramamiento de sangre persuadió a la delegación irlandesa, que se reunió con Lloyd George, de que era preciso ceder en las pretensiones maximalistas. El acuerdo alcanzado en diciembre señalaba el nacimiento del Estado libre de Irlanda; pero el juramento de fidelidad a la Corona británica y la división de la isla, sancionados en aquel Tratado, suscitaban debates muy polémicos en las organizaciones nacionalistas y en el *dail*. Cuando éste votó en favor del Tratado, en enero de 1922, De Valera presentó su renuncia como presidente de la república y del *dail*.

Para De Valera, la aceptación de la oferta del gobierno inglés había sido un error, pues la ratificación del Tratado implicaba negar

la república. Pero para otros nacionalistas más radicales, la valoración era aún más negativa: la república por la que venían luchando durante años había sido traicionada, por lo que el acuerdo debía ser revocado y reinstaurada la república revolucionaria de 1916.

El fantasma de la reactivación de la guerra civil aconsejó al gobierno provisional, que se había constituido en enero de 1922 de acuerdo con lo previsto en el Tratado, el reclutamiento de un Ejército Nacional para reemplazar a un ERI cada vez menos fiable, que llegó a retirar su apoyo al *dail*. Aquellos temores no eran infundados y, efectivamente, en junio del mismo año 1922 recomenzaba la contienda civil, que costó muchas vidas al ERI en sus enfrentamientos con el Ejército Nacional, representante de una legitimidad que contaba con el refrendo de la opinión mayoritaria del pueblo irlandés.

En plena conmoción bélica tuvo lugar el formal nacimiento del Estado Libre de Irlanda, al cumplirse el aniversario del Tratado, el 6 de diciembre de 1922; un día después, Irlanda del Norte optaba por su segregación del Estado Libre y el mantenimiento de su unión con Gran Bretaña. La falta de apoyo popular a las acciones del ERI facilitó la victoria del gobierno legítimo del Estado Libre que, a fines de 1923, había restablecido la normalidad.

Terminada la guerra, De Valera corta definitivamente sus antiguos vínculos con el *Sinn Fein* y con el ERI y en 1926 funda un nuevo partido, el *Fianna Fail*, que desde unos planteamientos nacionalistas radicales —progresivamente atenuados— disputa el poder al más moderado *Cumann na nGaedheal* promovido por William Cosgrave tres años antes, quien logra controlar el gobierno hasta 1932; un año antes obtuvo un éxito importante, al aprobarse el Estatuto de Westminster, el cual reconocía la igualdad de los dominios y el Reino Unido y el derecho de los parlamentos de los dominios a rechazar o cambiar las leyes británicas que les afectaran.

Desde 1932 se asienta en el poder el *Fianna Fail*, en el cual se habían agrupado todos los derrotados en la guerra civil, por lo que era previsible una revisión de las bases de la Constitución del Estado Libre. En efecto, una de las primeras medidas del nuevo Ejecutivo fue el anuncio de su intención de eliminar en la Constitución el juramento de lealtad a la Corona británica, y de suspender los pagos vitalicios por la tierra que los arrendatarios irlandeses pagaban a la Tesorería del Reino Unido por los préstamos que ésta les había con-

cedido. Siguió una guerra económica con Gran Bretaña, que se prolongó hasta 1938 y produjo resultados desastrosos para la economía de Irlanda.

El sistema de partidos políticos acogió desde 1933 una nueva formación, el *Fine Gael*, en la que confluían antiguos miembros del Ejército Nacional, muy influidos por la ideología fascista, el *Cumann na nGaedheal* y el pequeño Partido Nacional Centrista, que representaba los intereses de granjeros y contribuyentes de los municipios.

Obra del *Fianna Gail* fue la Constitución de 1937, que abolía la figura del gobernador general como representante de la Corona en la isla, rebautizaba el Estado Libre de Irlanda con el nombre de Eire y concedía a la Iglesia Católica una situación de privilegio, fundada en el hecho de que era la profesada por la mayoría del pueblo y de que tanto la Iglesia como el nacionalismo irlandés habían compartido históricamente las mismas persecuciones. Según se recogía en el texto constitucional, el territorio nacional incluía la totalidad de la isla, aunque las leyes emanadas por el legislativo de Eire solamente podrían aplicarse en el sur. Sólo al cabo de once años, un gobierno de coalición integrado por *El Fine Gael*, el Partido Laborista y un pequeño partido de carácter ardientemente republicano, convirtió el Eire en República.²²

La desaprobación por parte de la Iglesia de las actividades del ERI, que se remontaba a 1922, influyó en el rechazo popular, compartido por el *Fianna Gail* y el gobierno, de sus métodos terroristas; así pudo comprobarse en 1939 a raíz de unos atentados cometidos por el ERI en varias ciudades de Gran Bretaña.

Los seis condados del norte, separados del Estado Libre desde el Acta de Gobierno de 1920, desarrollan entretanto su vida propia, con un pleno control del poder por los unionistas, lo que implica un rechazo de las ofertas nacionalistas y, consiguientemente, el reforzamiento de la Orden de Orange y la discriminación de los católicos.²³ Una anécdota expresiva de ese sectarismo es la protagonizada

²² La Ley de Irlanda reconocía en efecto que, en 1949, Eire dejaba de pertenecer a los dominios de Su Majestad y se configuraba como República.

²³ En la imposibilidad de orientar debidamente sobre la numerosa bibliografía que se ocupa del problema del Ulster remitimos a la que se recoge en J. Whyte, "Interpretations of

por Basil Brooke, primer ministro de Irlanda del Norte entre 1943 y 1963. Cuando en 1933 fue nombrado ministro de Agricultura, despidió a más de un centenar de trabajadores católicos de su hacienda, para dar ejemplo a otros propietarios de tierras. A él se atribuye la siguiente frase: "Los católicos estaban listos para destruir el Ulster, con todo su poder y su fuerza. Querían anular el voto protestante, sacarle al Ulster todo lo que pudieran, y luego ver cómo se hundía".²⁴

Las funciones desempeñadas por el Real Cuerpo de Alguaciles de Irlanda (RIC) se confiaron en 1922 al Real Cuerpo de Alguaciles del Ulster (RUC), reforzado por los grupos de Especiales, militantemente anticatólicos. Sólo en 1970 desaparecieron los Especiales, sustituidos por el Regimiento de Voluntarios para la Defensa del Ulster, dependiente del Ejército.

Este reforzamiento de la represión policial se vio compensado, en parte, por algunas medidas tendentes a la supresión de privilegios y a la atención de los grupos sociales marginados. Puede mencionarse a este respecto la Ley de Educación de 1947, que promovió la concesión de becas en la enseñanza universitaria, prolongó hasta quince años la escolaridad obligatoria, proporcionó una enseñanza secundaria gratuita. Esa ley permitió el acceso a la educación superior de los estudiantes con escasos recursos económicos, católicos en su inmensa mayoría. No deja de ser interesante constatar que fue precisamente esta generación de estudiantes, beneficiada por la socialización del sistema educativo, la que dio vida a los movimientos de protesta de los años sesenta, y promovió la campaña de defensa de los derechos civiles que desencadenó los gravísimos incidentes de los últimos años de la década.

El deterioro del orden público obligó a intervenir al Ejército británico, acogido con aprobación por los católicos en un primer momento. Sin embargo, sus desdichadas incursiones en los *ghettos* católicos de Belfast en 1970 le atrajeron el odio que hasta entonces monopolizaba el RUC. Fue ésta la oportunidad que esperaba el ERI, que pasó a representar para muchos católicos la única garantía de

the Northern Ireland Problem", en C. Townshend (ed.), *Consensus in Ireland: Approaches and Recessions*, Oxford, 1988.

²⁴ John O'Beirne Ranelagh, *Breve historia de Irlanda*, pp. 274-275.

una protección efectiva. A finales de 1969 se constituye el ERI provisional, una rama desgajada del ERI oficial, que se convirtió rápidamente en una activa fuerza guerrillero-terrorista, insumisa a los mandos del Ejército Republicano, partidarios de una violencia discriminada, aplicable sólo a la consecución de objetivos concretos.

La política del encarcelamiento, adoptada por las autoridades de Belfast desde el verano de 1971, no logró sino enconar la oposición de los católicos a los unionistas y acrecentar el número de muertes violentas. La respuesta del gobierno británico, presidido por el conservador Edward Heath, fue suspender las sesiones del Parlamento de Stormont y someter a la dependencia directa de Westminster los asuntos del norte de Irlanda (marzo de 1972).

La creciente hostilidad entre católicos y protestantes se refleja también en el mapa de partidos políticos, que se complica por la entrada en escena del populista Partido Unionista Democrático, fundado por el reverendo Ian Paisley en 1971 para defender la supremacía protestante en el territorio. También entre los católicos se percibe el triunfo de las tendencias extremistas, que abandera desde 1970 el Partido Social-Demócrata y Laborista. Ese mismo año nacía el Partido de la Alianza, integrado por unionistas moderados que, en un intento por situarse en el centro político, pugna por atraer el voto de unionistas y nacionalistas.

Posteriores intentos encaminados a compartir el poder entre una facción de los unionistas, liderada por Faulkner, y el Partido de la Alianza, y a buscar un entendimiento con el gobierno de Eire, se vieron condenados al fracaso, derrotados por la oleada de huelgas desencadenada por una nueva formación sindical en cuyo nacimiento tuvieron mucho que ver Paisley y Craig, ambos unionistas radicales. Desde entonces permanece bloqueada una salida política en el Ulster, por la cerrazón de los unionistas, que se niegan a compartir el poder, y de los nacionalistas, aferrados a la idea de participar en el Ejecutivo.

De todo lo dicho hasta ahora se desprenden unas cuantas conclusiones con las que deseo cerrar este artículo:

—El nacionalismo irlandés, radicado en unas tradiciones culturales propias, es estimulado por las circunstancias adversas en que se desenvuelve la vida de los habitantes de la isla desde que ésta entra en la órbita de la Corona inglesa: "*in Ireland radical identifications*

*bad begun to fuse with nationalism, in the sense that the establishment was defined as English”;*²⁵

—La discriminación de los católicos por los gobernantes británicos contribuye a identificar la causa del nacionalismo irlandés con la defensa de la fidelidad a las creencias religiosas profesadas mayoritariamente en Irlanda desde la evangelización de la isla por San Patricio en el siglo V. No obstante esa identificación, la Iglesia católica siempre ha reprobado los métodos violentos propugnados por los nacionalistas más radicalizados;

—El problema del Ulster es inseparable del hecho de que los irlandeses del norte comparten la conciencia de constituir una comunidad diferenciada de sus vecinos del sur. Partidarios de una integración en el Reino Unido, no renuncian, sin embargo, a un legado histórico privativo, generador de unos vínculos de dependencia respecto de la Corona inglesa, que podríamos calificar de “lealtad condicionada”.

²⁵ R.F. Foster, *Modern Ireland 1600-1972*, p. 269.